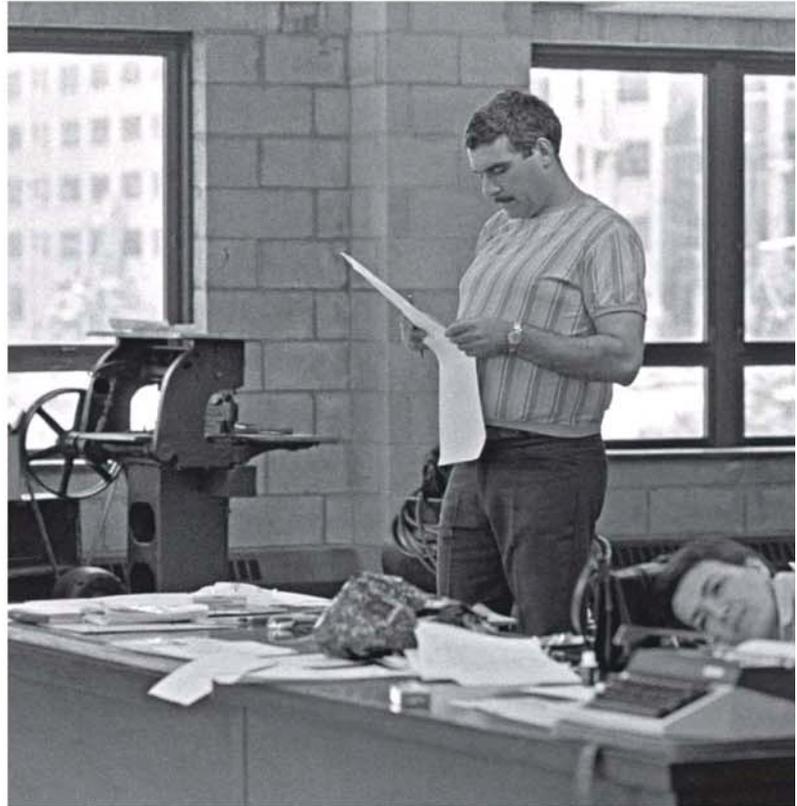


El escritor que se llevó Rusia en una maleta

Deslenguado y socarrón, prohibido y exiliado, Serguéi Dovlátov es el padre de la narrativa rusa contemporánea. Varias editoriales rescatan sus desopilantes novelas



POR MARTA REBÓN

La mayor desgracia de mi vida ha sido la muerte de Anna Karénina!", manifestó una vez Serguéi Dovlátov, novelista de "natural dulzura y bondad" que era incompatible "con el ambiente circundante, ante todo el literario". Con estas palabras, Joseph Brodsky recordaba a su amigo, y compañero de exilio, con motivo del primer aniversario de su repentino fallecimiento en Nueva York en un artículo titulado "El mundo es monstruoso y la gente es triste". En esa nota necrológica, el aclamado poeta añadía que su paisano —ambos crecieron en Leningrado, una ciudad en ese momento ya inexistente— era un escritor que no hacía tragedias de las cosas que le pasaban, "porque la tragedia no le convenía (...). Era admirable sobre todo justamente por su rechazo de la tradición trágica de la literatura rusa". Con esa confesión sobre cuáles eran sus sentimientos por la heroína de Tolstói, Dovlátov acuñó una de las mejores formulaciones posibles sobre una manera radical de entender vida y literatura como una lúdica simbiosis. Ávido coleccionista de curiosidades y curtido cazador de anécdotas, fue un gran exponente del arte de trasladar las experiencias vitales a las páginas de sus re-

latos y novelas, teñidos de un escepticismo irónico en el que emerge la absurdidad humorística de la vida y un estoico acatamiento de esa fuerza ajena llamada destino.

A Dovlátov le estamparon en su pasaporte el sello de salida de la Unión Soviética en 1978, finalmente resignado a convertirse en un escritor en tierra ajena: en *La maleta* entonó un canto nostálgico a la patria perdida. Decidirse a coger el petate no le resultó fácil, pese a estar continuamente en el radar de la policía secreta —su expediente era "más pesado que el *Fausto* de Goethe"— y vetado para ejercer cualquier empleo, tras dos arrestos y problemas con "el eterno acompañante del escritor ruso: el alcohol". En su novela *Zapovednik* (hasta ahora inédita en español y recién publicada en España y Argentina con los títulos de *Retiro* y *La Reserva Nacional Pushkin*, respectivamente), el alter ego del autor, un tipo socarrón de Leningrado de nombre Boris Alijánov, acuciado por las deudas, recién divorciado e inveterado dipsómano, va en busca de trabajo como guía turístico al museo-reserva consagrado a Pushkin, el poeta ruso por antonomasia, convertido en mito soviético y símbolo de la cultura. Esta suerte de parque temático se encuentra en Pushkine Gori, en la región de Pskov, 400 kilómetros al suroeste de su ciudad, esa urbe de "pomposo estilo horizontal"

Serguéi Dovlátov, en 1980 en la sede del periódico *Streboda* en Jersey City, junto a su exesposa Yelena Dovolatova.

MARK SERMAN



donde "la nobleza es tan corriente como el color enfermizo de la tez, las deudas y una eterna autoironía". Cuando su exmujer va a verlo para comunicarle su inminente partida a Estados Unidos con la hija de ambos, él trata de justificar por qué no quiere abandonar su país natal, aunque no lo publiquen y sea un autor prohibido, incapaz de ganarse el sustento: "En un idioma ajeno perdemos el 80% de nuestra personalidad. Somos incapaces de bromear, de ironizar".

Finalmente el pragmatismo se impuso: Dowlátov se instaló en la Gran Manzana, en el barrio de Forest Hills de Queens —donde hace tres años bautizaron una calle con su nombre—, pasó a ser uno de los integrantes de la "tercera ola" de emigrados rusos (junto con Brodsky, Aksiónov, Voinóvich, Limónov o Solzhenitsin) y dejó atrás una vida transitando por los márgenes, desde su nacimiento en 1941 en Ufá (actual capital de la República de Baskortostán), adonde fueron evacuados, durante la Segunda Guerra Mundial, sus padres: ella, actriz armenia (posteriormente, correctora); él, un director judío de teatro. Dowlátov estudió Filología Finlandesa en la Universidad de Leningrado, si bien no llegó a licenciarse. Sirvió en el Ejército Rojo como guar-

LECTURAS

Humor ruso

Retiro. Traducción de Tania Mikhelson y Alfonso Martínez Gallea. Fulgencio Pimentel, 2017.

La Reserva Nacional Pushkin. Traducción de Irina Bogdashevskí. AñoSluz Editora, 2016.

El parc. Traducción catalana de Miquel Cabal Guarro. Labreu Edicions, 2017.

El oficio. Traducción de Irina Bogdashevskí. AñoSluz Editora, 2017.

diá de un campo de prisioneros en la República de Komi entre 1962 y 1965, experiencia que plasmó en *La zona*, en cuya primera página se lee esta advertencia: "Cualquier parecido entre los personajes de este libro y personas reales es malintencionada. Toda invención artística es imprevisita y casual". En 1974 se trasladó para bajar como periodista a Tallin, donde inventó las peripecias narradas en *El compromiso*. De la capital estonia decía que era la ciudad menos soviética de la región del Báltico: "Tallin es

una ciudad vertical, introvertida. Observas las torres góticas y piensas en ti mismo". Durante años, su vida rodó de Oriente a Occidente. En *El oficio* —novedad editorial en Argentina y de próxima aparición en España— describe sus tentativas fallidas de publicar en la Unión Soviética y recoge una crónica de la andadura, desde su lanzamiento hasta su clausura, de *El Nuevo Americano*, un periódico del que fue su cofundador destinado al colectivo de emigrados rusos en Nueva York, ciudad que Dowlátov califica de camaleón: "La amplia sonrisa de su rostro se transforma fácilmente en una mueca de desdén".

La hija de Dowlátov, Katherine, traductora y editora de las obras de su padre, comenta por correo electrónico que en el centro de sus relatos "están las personas y la condición humana. Sus personajes, estrabóticos y memorables, se revelan por su manera de hablar, ya que en ruso los registros lingüísticos tienen muchísimos matices que dejan adivinar claramente a qué clase social pertenece un hablante y cuál es su nivel cultural". En cuanto a su relación con *The New Yorker*, en el que durante su última década de vida vieron la luz una decena de relatos suyos, muy apreciados por los editores del semanario tanto por su humor cáustico como por su estilo lacónico y descarado, Katherine observa: "Mi padre escribía en ruso. El primer relato suyo que seleccionó *The New Yorker* vio la luz sólo medio año después de que llegara a Estados Unidos. Nunca se planteó escribir en inglés y prefería colaborar con traductores competentes". Añade la hija de Dowlátov que ha notado un resurgir de la popularidad de la obra de su padre en el último lustro, en especial en Rusia, donde recientemente se ha erigido una estatua en su honor. Hace dos años, el famoso director Stanislav Govorujin estrenó una película inspirada libremente en *El compromiso*. Alekséi Guerman hijo presentará su filme biográfico sobre Dowlátov este otoño. El estudio de Serguéi Bezrukov acaba de comprar los derechos para hacer una adaptación cinematográfica de *Zapovednik*.

En Nueva York, esa ciudad que, según el autor de *La zona*, "estaba hecha para la vida, el trabajo, la diversión y la ruina", la generación de escritores rusos de la década de 1960, todos ellos admiradores de Hemingway, que en su Leningrado natal optaron por un camino creativo radicalmente distinto al de sus antecesores —esto es, ignorar la realidad que emanaba de la vida y de la literatura soviética y recuperar la primera persona del singular—, dos de sus mejores exponentes, Brodsky y Dowlátov, encontraron lo más parecido a un hogar. "Esta ciudad tiene tanta diversidad que llegas a entender que hay un rincón también para ti", afirmaba este último. "Creo que Nueva York es mi ciudad última, definitiva y final. Desde aquí, uno sólo puede huir a la Luna".

Dowlátov
por Dowlátov

● **Maestros.** "Puede uno postrarse ante la inteligencia de Tolstói. Sentirse admirado por la elegancia de Pushkin. Valorar las búsquedas morales de Dostoievski. El humor de Gógol. Y así sucesivamente. Y no obstante, al único a quien quisiera parecerme es a Chéjov" (*Cuaderno de notas*).

● **Carcelero.** "Solzhenitsin describe los campos de los políticos; yo, los de los comunes. Solzhenitsin fue un preso; yo, un vigilante. Según Solzhenitsin, el campo es un infierno; yo, en cambio, creo que el infierno somos nosotros mismos" (*Zona*).

● **Retrete.** "Con la vivienda las cosas siguen, como siempre, mal: paso la noche en un cuarto de calderas. Pero es un problema que, en principio, tiene solución. Un periódico me ofrece 9 metros; otro, un apartamento de un cuarto, pero por alguna razón sin baño. Esto me asusta, porque todos mis argumentos los he inventado justamente en el retrete. No exagero, pues de hecho la gente lo pasa mal en el váter; corren las ideas, el intelecto se relaja. En una palabra, pronto tendré casa. Aunque me he pasado dos noches en la estación. Aquí los escritores son estonios. Cuesta tratar con ellos, son muy mustios. El temperamento de un estonio medio está a la altura de un judío muerto. Pero son más limpios, más naturales (no que los judíos, sino en general)" (*Carta desde Tallin —Estonia— a una amiga de Leningrado*).

● **Estados Unidos.** "Estamos en Nueva York. Todo va bien. Lo principal en la vida americana es su variedad, su diversidad. Aquí hay de todo, desde lo más maravilloso hasta las cosas más repugnantes. Pero decididamente, de todo. Hay bragas de mujer comestibles. Camisetas con retratos de Jruschov. Un negro vecino va con un gorro de la Caballería roja. En Broadway he visto a una mujer completamente desnuda con una gabardina de celofán..." (*Carta desde EE UU, años setenta*).

● **Libertad.** "En América hay, claro está, muchas cosas buenas, lo mejor tiene que ver con las tradiciones: la libertad, la buena disposición, el humor, pero nosotros hemos crecido en un país por completo diferente y nos acostumbramos a estas condiciones con enorme dificultad. Aquí la idea de la libertad se defiende con pasión, hasta patológicamente. Mi vecino puertorriqueño pone una música alta hasta el delirio, pero si yo le hiciera alguna observación, ni siquiera me soltaría una fresca en respuesta; sencillamente no entendería lo que le quiero decir, pues mi acto sería un atentado contra su libertad, contra su *privacy*. *Privacy* es su palabra mágica, significa 'el campo de lo privado' y se defiende con una fuerza titánica. Te puedes tirar a una tia, pero no le puedes preguntar: '¿Qué hiciste ayer', sería transgredir su *privacy*. Katia [su hija] se ve con un chico, pero yo no sé absolutamente nada de él, es la *privacy* de ella..." (*Carta desde EE UU*).

● **Emigración.** "Quiero y respeto América, pero nosotros no vivimos en América, sino en la emigración" (*Carta desde EE UU*).

● **Escritor profesional.** "Hace tiempo que ya no existe aquel escritor que daba sus primeros pasos, al asalto de redacciones y editoriales. He escrito doce libros, cuatro de ellos se han traducido a varias lenguas, tengo contratos para otros tres en varios países, etcétera. Por supuesto, no me he convertido en Shakespeare ni en Brodsky, pero hace tiempo que soy un escritor profesional; pobre, como la mayoría de los escritores serios en Occidente, pero del todo respetado, y el volumen de lo escrito sobre mí triplica ya lo que yo mismo he logrado escribir" (*Carta desde EE UU en enero de 1989; Dowlátov moriría en agosto de 1990*).

Selección y traducción de Ricardo San Vicente.